



*Alberto Medina, en viaje de regreso al continente en el transporte "Aguiles",  
finalizada su colaboración en la restauración del Fuerte Santa Bárbara  
en la isla Juan Fernández. Noviembre de 1974.*

## ALBERTO MEDINA ROJAS 1915-1989

Cuando se formó, a fines del año 1953, el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, establecido luego oficialmente el 30 de octubre de 1954, por decreto universitario N° 3.510, Alberto Medina fue uno de los miembros de la Sociedad de Estudios Chilenos de Prehistoria, la cual existía desde 1950, que sintieron el llamado de este nuevo impulso de desarrollo de la Antropología en nuestro país, entregándose fervorosamente a las tareas que entonces surgieron, junto con Jorge Kaltwasser, Carlos Munizaga, Francisco Reyes, Enrique Solari, entre otros.

Desde 1953 hasta 1958 los integrantes del Centro de Estudios Antropológicos siguieron los primeros cursos sistemáticos de formación en distintas disciplinas de su campo científico, dictados por distinguidos especialistas chilenos y extranjeros, sobresaliendo la orientación dada por el norteamericano Richard P. Schaedel, de la Universidad de Yale, y por el chileno Ismael Silva, de la Universidad de Chicago. A estos esfuerzos se sumaron contribuciones más breves pero muy significativas de estudiosos de prestigio mundial, como Martín Almagro, Joseph Empeaire, Martin Gusinde, Luis Pericot, Paul Rivet.

La alta calidad de la docencia dio pronto frutos halagüeños en beneficio de la investigación, y uno de los más decididos y comprometidos investigadores fue quien ahora recibe el justo reconocimiento de sus colegas y discípulos.

Un hecho destacadísimo se produjo con la aparición de la momia del cerro El Plomo, en 1954, que llevó al Centro de Estudios Antropológicos a preocuparse por su contexto cultural, principalmente a través de Jorge Kaltwasser, Alberto Medina y Francisco Reyes. Sus pesquisas demostraron la realidad de una práctica de sacrificios humanos rituales incaicos como ofrenda a las altas cumbres, práctica cuya existencia había sido puesta en duda o rechazada, hasta entonces, por la mayoría de los arqueólogos y etnólogos peruanos. Así se logró un verdadero hallazgo arqueológico y se dio comienzo a una corriente científica propia de la Arqueología de las cumbres andinas.

Paulatinamente fueron sumándose otros trabajos de relevancia para las disciplinas antropológicas: las prospecciones arqueológicas en el litoral central, los avances en la Prehistoria de Angol y Pitrén, dirigidos por el Dr. Oswald Menghin; las reveladoras excavaciones en el pucara de Chena, guiadas por el Dr. William Mulloy; la expedición a la Patagonia Continental, con la participación de Joseph Empeaire; las exploraciones arqueológicas y etnológicas en la zona de Socaire, que incluyeron al etnólogo alemán Thomas Barthel.

Cabe recordar, asimismo, que varios miembros del Centro de Estudios Antropológicos viajaron el año 1956 a la Isla de Pascua para observar los trabajos de

Thor Heyerdahl y su equipo. Posteriormente se efectuó en la Casa Central de la Universidad de Chile la primera exposición sobre Isla de Pascua, que cubría materias concernientes a su cultura tradicional auténtica, con notables repercusiones en el país y en otros lugares del mundo. Con estos auspicios, la Rectoría de la Universidad de Chile encomendó a Gonzalo Figueroa, del mencionado Centro, la misión de investigar, conservar y restaurar una parte del patrimonio arqueológico de Pascua, que fue cumplida con eficacia y con la valiosa colaboración del Dr. Mulloy, ya citado, consiguiéndose, entre otros objetivos, la restauración del monumental Ahu Akivi, con gran difusión científica internacional.

No es del caso seguir, etapa por etapa, la ruta del Centro de Estudios Antropológicos hasta su culminación en el que es hoy el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Pero sí lo es hacer presente con cuánto ahínco, con qué sostenida dedicación, se entregó Alberto Medina a estas actividades y a otras que podríanse enumerar. Porque, sin saberlo, estaba predestinado a abrir brechas, a levantar voluntades, a conquistar con su ejemplo en el quehacer de las ciencias humanas, después de una suerte de inercia en la que había caído la Antropología, como él mismo lo manifestó, al cesar la incansable labor de Ricardo Latcham, de Tomás Guevara, de Aureliano Oyarzún.

No obstante su personalísima vehemencia, su afán de lucha por las causas que siempre defendió con honestidad y perseverancia, acató la voz y el saber de los maestros que lo formaron en las ciencias que él también supo enseñar, particularmente la Etnohistoria, de la cual fue experimentado profesor en la Universidad de Chile, incentivando a numerosos alumnos con su docencia cotidiana y con la dirección de tesis.

Como lo expresé en el homenaje que le rindió el Colegio de Antropólogos de Chile, el 24 de abril de este año, para evocar a Alberto Medina, sintiéndolo muy cerca, sin comprender su ausencia física, escuchando su rápido caminar y sus palabras determinantes, hay que exaltar su vocación de chilenidad y su generosidad extraordinaria.

Su vocación de chilenidad, que nacía de su propia y profunda condición de hombre chileno, genuino, recio; fiel exponente de una identidad y de un actuar legítimos de nuestra tierra, de nuestra sangre, de nuestro ser.

Su generosidad, que tantos conocimos, amplia y espontánea, en la expansión de su conocimiento, en el préstamo de sus libros, en la hospitalidad de su casa de hombre de bien.

Aquí está espiritualmente el amigo, el colega, el profesor; también el padre, el esposo, el hermano, el pariente de muchos, que tuvo el privilegio de la compañía de una mujer que supo entregarle hijos, hogar, ánimo, ponderación, lecturas, y, por sobre todo, una paz y un afecto que le permitieron viajar insaciablemente con cronistas, soldados, misioneros, aventureros, por los horizontes de la Etnohistoria, su disciplina predilecta.

Alberto Medina se marchó tan súbita y calladamente, que no tuvimos una buena ocasión para decirle lo más simple y puro que se le puede expresar a quien de verdad se aprecia: gracias y hasta siempre.

MANUEL DANNEMANN  
Editor  
Revista Chilena de Antropología